

## ODA A ALFONSO REYES

I

Apresúrate, Alfonso Reyes, apresúrate: apresúrate a recoger en tus trojes la cosecha que ya albea en los campos ubérrimos.

"Carpe diem", horacianamente: coge la flor del día fugitivo.

Pero no la flor frágil que se marchita y fenece como el heno del campo; sino la flor inmarchitable y única.

Apresúrate a recoger la cosecha de tu vida de buen agricultor: antes de que se desaten las lluvias negras del invierno negro;

antes de que se nos eche encima la noche "en que nadie puede trabajar"; la negra noche con sus tinieblas infranqueables;

la noche "de donde nadie vuelve" —dice Catulo; la "intérmina nox" del epicúreo —y tan amado— Horacio.

Recuerda, Alfonso, que "la Luz lució en las tinieblas, y las tinieblas no pudieron extinguirla".

Recuerda, amigo mío, que "la Luz alumbró a todo hombre que viene a este mundo": y que "los que aman la Verdad aman la Luz".

Recuerda que Jesús, el Cristo, dijo lo que ningún otro hombre ha osado decir: "Yo soy la Luz del mundo; quien Me sigue no anda en tinieblas".

II

Bajo todos los soles, tú has sembrado tu fértil semilla: bajo los soles ardientes de España, bajo los tiernos soles de Francia, bajo los tórridos soles del Brasil.

Pero, siempre y en todas partes, sembraste por México: por tu México natal y entrañable, ¡oh "descastado" mexicanísimo!

México fue siempre impulso en tu corazón y miel en tus labios: dulce dolor en tus días de júbilo, amarga dulzura en tus noches nostálgicas.

A México buscabas al escrutar su paisaje y al cincelar tu *Visión de Anáhuac*; a México amabas al amar y evocar la Edad Ateniense.

Pero muchos no te comprendieron, y por ello te vituperaron: perdónales, Alfonso, "porque no saben lo que hacen".

Olvida, magnánimo, y sabe que hay quienes te comprenden y te aman; y, más que todos, te comprende la Patria:

esta Patria que se enorgullece de tenerte por hijo; este México cuyo nombre tú has hecho resonar gloriosamente por el mundo,

llevado en triunfo por tu medio centenar de libros, como por una flota de cincuenta galeones triunfales.

## III

Pero es hora ya de recoger la cosecha, y de guardarla en las trojes que no pueden ser robadas por ladrones.

Es hora ya de ver cara a cara a la muerte, y de arrostrar serones el gran enigma relampagueante.

Es hora de jugar la trascendental "apuesta" de Pascal, y de derrocar ante Cristo nuestros castillos de orgullo.

"¿De qué me servirá haber ganado todo el mundo, si al fin pierdo mi alma?"

No seré yo quien te aconseje que temas con servil temor esclavizante: "la Caridad echa fuera al temor", nos dice San Pablo.

No seré yo quien te sugiera cobardías ni vanos temores: "para quienes aman a Dios todas las cosas cooperan en su bien."

Sólo te pido una cosa: que ames al Amor: al Amor crucificado y muerto por nosotros.

Es "lo único necesario" de que Jesús habló a María, la hermana de Lázaro; de Lázaro a quien Él resucitó de entre los muertos.

Y yo sé que, en tu vida y en tu obra, sembradas por Dios: por Dios luchabas, acaso sin saberlo, quizá sin nombrarlo.

Al buscar la belleza, buscabas a Dios, Belleza sin sombra; a Dios buscabas —Verdad Substancial—, al buscar la verdad.

Al amar el bien, amabas a Dios, Bien Sumo; a Dios amabas —Amor Infinito— al amar al amor.

## IV

Alfonso Reyes, ciudadano de Atenas y de Monterrey; hijo glorioso de México y "ciudadano del mundo":

sólo una cosa falta para tu gloria: que inclines tu frente y tus laureles ante "el deshonor del Gólgota";

que caigas de rodillas ante el Cristo Resucitado: y exclames con Tomás, "el Dídimos": ¡Mi Señor y mi Dios!

Entonces se volverá a cumplir la promesa del Señor: "¡y la noche se iluminará como si fuera día, y la noche será iluminación en mis delicias!".

Y habrá un gran júbilo en la tierra y en los cielos: ¡porque Alfonso, el hijo bienamado, ha retornado a la casa del Padre!